

grandes designios de la Providencia, soléis decir : ¿ qué utilidad pueden causar estas nubes de dañosos insectos, y tantos viles animalejos, indignos de la mano de Dios? ¿ á qué fin esta multitud de estrellas? ¿ de qué sirven tantas cosas inútiles que parecen haberse criado sin destino? Las enfermedades y otras calamidades ¿ no son defectos y abortos en la naturaleza, que debió haber prevenido la sabiduría de su Autor? Mas para fortalecer vuestra fe, tal vez combatida por estas indiscretas reflexiones, me bastará deciros, que Dios ha justificado sus obras con sola una palabra. Habiendo acabado de criar el universo, le vió todo él, y se aplaudió á sí mismo : vió todas las cosas segun iban saliendo de sus manos, y las aprobó por buenas. Vió toda la serie de movimientos que debian acaecer en la naturaleza, desde el movimiento de los cielos hasta el movimiento de una hoja; vió todas las especies de animales y sus individuos hasta la última generacion; lo observó todo, hasta el número de átomos que componen el universo; á vista de este grande espectáculo, dijo él que *todo era bueno*. ¿ Quiénes sois vosotros para censurarle? Dejád al impío que diga, ¿ por qué sucede esto y aquello? ¿ por qué esta cosa es buena y la otra no lo es? Todo se descubrirá bueno á su tiempo : hasta entónces bendecid al Señor, y callád. Apénas veis un frágil resorte, una pequeña parte del gran todo del mundo, y ¿ os creéis capaces de juzgar mejor que el soberano Artífice que tiene presentes todas las edades, reconoce sus propiedades, y las dirige segun le agrada?

VII. El impío, admirando por fuerza en el orden y belleza del mundo físico la sabiduría de la Providencia, cree á lo ménos hallar en los desórdenes del mundo moral pruebas para decir, que no es gobernado por un Dios justo. La prosperidad de los malos, la adversidad de los buenos, las desgracias que experimenta la virtud, y la impunidad del delito le persuaden que todo está en la tierra abandonado al acaso y á la ley del mas poderoso; mas ¿ se debe juzgar por el corto espacio de la vida humana de la justicia de un Dios que tiene para castigar toda una eternidad, que observa para castigarnos en esta vida sus tiempos y momentos, y es mucho mas temible cuanto mas dilata el castigo? Si os indignasteis vos, gran Profeta, y os escandalizasteis de ver á los pecadores gozar de una profunda paz, abundar en riquezas, embriagarse de placeres, y no participar de los males y plagas de la humanidad; tambien sabemos cuán-

to se fortaleció vuestra fe, previendo su funesto fin y los castigos que les estaban reservados. Ó muerte! cuando lleves al pecador al pié del soberano tribunal; ó espantosa trompeta! cuando le cites al tremendo valle en la universal resurreccion, aprenderá que habia un juez en el cielo, el cual, si ántes se habia mostrado tardo en castigar y lleno de misericordia, entónces se mostrará inexorable y severo por el abuso que se hubiere hecho de su paciencia.

Mas sin recurrir á lo que la revelacion nos enseña de los juicios de Dios, ¿ no basta conocer por una parte su naturaleza, y por otra la del pecado, para juzgarlos incompatibles, esencialmente opuestos, y tan contrarios entre sí, que debe resultar la aniquilacion de Dios, ó el castigo de la maldad? En efecto, hermanos míos, ¿ se puede concebir el Ser por esencia, sin concebir que contiene toda la plenitud, y que él es de consiguiente el único autor de todos los bienes, y el único principio de toda perfeccion y de toda justicia? Qué digo? Siendo el Ser por excelencia, ¿ no es tambien la misma santidad, la verdad sustancial, el orden inmutable? Y el pecado ¿ qué otra cosa es que la destruccion del orden, de la verdad y de la justicia? Hay pues un combate necesario entre Dios y el pecado. Es preciso que la santidad, la verdad y el orden perezcan, ó que triunfen del pecador con el castigo; mas con un castigo infinito, como lo es la santidad que es ofendida. Por esto, ó gran Dios! debe ser él la eterna víctima de vuestra justicia, ó apropiarse el valor infinito de la víctima que se ofreció á vos para salvarle. ¿ Qué mayor prueba, Señor, podemos tener de vuestra justicia que la alternativa del infierno, ó de la encarnacion del Verbo, que la reparacion de vuestra gloria hizo necesaria?

Así la santidad de Dios es el fundamento inalterable de su justicia. Tambien este primer atributo de la divinidad se ve celebrado á cada paso en las divinas Escrituras. Por lo general los Profetas le dan el título de *Santo de Israel* y de *Santisimo*. Muchas veces los sagrados autores han proferido esta magnífica expresion, *santisimo es el Señor Dios de los ejércitos* : esto decian los serafines de seis alas que Isaias vió volar al rededor del trono del Eterno; esto decian sin cesar los cuatro animales del Apocalipsis que vió san Juan; esto es lo que los ángeles dicen y repetirán en el cielo por toda la eternidad : este fué el único título que dió el Salvador á sus padres, porque en efecto,

la santidad es como el compendio de las divinas perfecciones.

Reconozco, Dios mio, que tan gran santidad es irreconciliable con el pecado. Sí, pecadores, temblád delante del que es por su esencia enemigo de la iniquidad. El malo no se acercará á él, y el injusto no podrá subsistir en su presencia. Él aborrece y destruirá al impostor; tiene horror al engañador y al sanguinario; nada en fin que esté manchado, entrará en su reino. Si juzgara con rigor á los santos, ¿cuántos vicios y faltas no descubriría aun en sus virtudes, este juez que juzga las justicias? Si los cielos son impuros á su vista, y si halló iniquidad en sus ángeles, ¿qué será cuando venga á juzgar á los vivos y los muertos? quién podrá tolerar su ira?

Entretanto no cesa de amenazar con sus juicios al pecador, y de anunciarle que vendrá un día en que galardone á cada uno segun sus obras. Si su misericordia ha suspendido hasta el presente los efectos de su justicia en favor de los culpables que todavía viven, la misma misericordia no los retira del todo. Ya está el Señor dispuesto á hacer brillar su espada, ya tiene armado y preparado el arco para disparar rayos y saetas de fuego. Los días de su indignacion y justicia van ya á suceder á los de su clemencia y misericordia. Ahora va á dirigir á las cabezas de los pecadores el ímpetu de las tempestades, y hacer que llueva sobre ellos fuego mezclado con azufre, como un precursor de los infinitos males que les reserva en el cáliz de su furor. Él ha dicho, yo juro por mí mismo que se armará mi brazo en este dia para castigar á mis enemigos. Dispararé todos mis dardos contra los que me han aborrecido, embriagaré mis saetas con su sangre, y los destruiré con una espada que cortará lo mismo que un rayo.

VIII. Jamas acabaria yo, si quisiera reunir todo lo que Dios les ha dicho á los malos para hacerles temer su justicia; pero yo quiero mas moverlos á su amor con la descripcion de su bondad, que aterrarlos con el temor de sus juicios. Escuchád pues, vosotros, en cuyos corazones pueden causar efecto sus misericordias. Este Dios que se os pinta tan formidable para los pecadores, es un Dios que se mueve siempre á piedad con un sincero arrepentimiento. Las lágrimas del pecador aplacan su ira, y compadecido de su extravío, rompe al punto las cadenas que le había preparado en su indignacion. Es un Dios fiel en sus promesas, y que habla así al pecador en las sagradas Escri-

turas: *vuélvete á mí, que soy tu redentor; yo destruiré tus maldades, como deshago un débil nublado.* Yo mismo, yo mismo soy el que las borra, por satisfacer á mi bondad. Acuérdate solamente de mí, y yo me olvidaré de tus pecados. Aunque te hayan puesto estos mas rojo que la púrpura, si te volvieres á mí, yo te pondré mas blanco que la nieve. ¿Deseo yo la muerte del pecador? No; juro por quien soy, que solo deseo que abandone sus errados caminos, y que viva. Cuando yo hubiere pronunciado sentencia de muerte contra él, su arrepentimiento me hará revocarla, y darle la vida.

No extrañéis, hermanos míos, tan grande exceso de bondad: un ser infinitamente poderoso ¿podria dejar de ser infinitamente bueno? Es propiedad del que poco puede procurar dañar, prorumpir en vanas amenazas, y verse con pesar á sí mismo limitado en la venganza. Se causa todo el mal que se puede, á fin de hacer que se tema el que no se puede causar; cualquiera procura hacerse formidable, para que supla el terror á la fuerza. Por el contrario es mas dulce y mas humano el que tiene mayor poder y autoridad. Por esto el trono de los reyes es la silla de la clemencia, y la bondad es generalmente el augusto carácter de los soberanos. En efecto ¿cuánto aman los reyes á los pueblos que dependen de ellos, y con cuánto placer conservan á los que con una palabra, ó con una mirada pudieran hacer perecer! Si han existido soberanos crueles, esto ha dependido de haberse reunido en ellos el poder de la soberanía, y una alma pequeña y cobarde. Los reyes cobardes, por temerlo todo, solo han procurado hacerse temer, y reinar á fuerza de terror. Su errada y vacilante política no hallaba otro recurso para mantener su autoridad que el sacudir terribles golpes, ni otro medio de asegurarse en el trono que el de derramar la sangre y sacrificar las vidas. Es una máxima constante que no hay otros reyes crueles que los reyes débiles; mas el Rey de los reyes, cuya grandeza de alma es tan infinita como su poder, ¿podria poner límites á su clemencia? No, cristianos; no será vencida por la malicia y corrupcion humana. Vos, Señor, tenéis compasion de todos nosotros, porque lo podéis todo, y porque nos podéis hacer perecer con un soplo.

¿Cuánto tendria yo, hermanos míos, que decir aquí, si intentara mostraros su bondad en los dones de gracia y naturaleza que ha derramado sobre vosotros, en las innumerables pue-

bas que os ha dado de su misericordia y proteccion, en la grandeza de los premios que os promete, y sobre todo en los grandes misterios de la Encarnacion y Eucaristía! Mas todo un discurso no bastaria para descubriros tantos prodigios de amor y de misericordia.

Limitémonos ahora á recorrer las bellas é interesantes imágenes de que se ha valido el Espíritu santo, para pintar la ternura de Dios para con los hombres. Él es un labrador que no perdona á ningun trabajo para el cultivo de su viña; un hombre rico que convida los pobres á su mesa; un defensor y libertador todopoderoso que se arma en nuestro favor, y que destruye nuestros enemigos; un pastor apasionado por su rebaño, que corre en seguimiento de las ovejas descarriadas, y las conduce al redil sobre sus hombros. Es un amigo caritativo y generoso que ofrece aliviar á los que están fatigados con la pesada carga de los pecados, y dar de beber á los que están molestados de la sed. Es el protector del extranjero, el esposo de la viuda, el padre del huérfano; es una gallina que reúne sus pollos debajo de sus alas; es una águila que conduce sus tímidos polluelos, ó que vuela sobre ellos, convidándolos á volar; es un padre amoroso que ve con indecible alegría la vuelta y arrepentimiento de un hijo pródigo y libertino; es una madre que no puede olvidarse del hijo que ha llevado en su vientre, que le quiere como á las niñas de sus ojos, le pone sobre las rodillas, le aprieta entre sus brazos, y se lo quiere comer á besos; es esposo del alma desleal, que habiéndola hallado pobre, desamparada y sumergida en la impureza, la escoge no obstante por su esposa, la purifica, la hermosea, la colma de excelentes dones, la convida á su tálamo, la coloca en su trono, la cubre de su gloria, y la llama á sí, aun despues de nuevos extravíos y de nuevos delitos.

Tan excesiva bondad, ó gran Dios, me penetra del mas tierno amor y del mas vivo reconocimiento para con vos. Este amable atributo me enamora tanto de vos, cuanto los otros atributos vuestros me admiran y sorprenden. Qué grande sois, Señor! qué pocos pensamientos alcanzan á vos! La única cosa que de vos comprendemos es que sois incomprendible. Lo poco que descubro de vuestra grandeza, es un peso que me oprime: me ha deslumbrado el rayo de vuestra gloria que se ha desprendido de la nube, en que reside vuestra divina majestad. Ya

desisto, gran Dios, de la temeridad de celebrar vuestras infinitas perfecciones; y solo puedo exclamar con el Sabio: *¿qué podremos nosotros decir de su gloria?* Ella es infinitamente superior á sus obras y á nuestros débiles elogios. ¿Quién le podrá ver ó describir como es en sí mismo? Apenas conocemos un pequeño número de sus obras, y las que no conocemos, son todavía mas admirables. Ó Dios! qué dios hay semejante á vos? Que se abran todos los templos del paganismo y todas las escuelas de los filósofos; que todas las naciones y todas las sectas nos alaben sus dioses, y los cotejen con el Dios que adoramos; ¿cuál de estos dioses se podrá comparar con el nuestro? *Quis deus magnus sicut Deus noster?* ¿Será este aquel dios de los filósofos, que concentrado en su vana grandeza, abandona el mundo á su arbitrio, y desde el seno del descanso y de la indolencia se desdeña de darse á conocer á los hombres, de intimarles leyes y de castigar los delitos? ¿Serán aquellas innumerables divinidades que formaron la fantasía de los pueblos, la astucia de los sacerdotes, y la supersticion característica de los siglos de la ignorancia? ¿Serán aquellos dioses venerados antiguamente con desdoro de la humanidad, los cuales, segun la historia del paganismo, se dejaron vencer de todas las pasiones humanas? ¿aquellos dioses, de quienes sabemos el nacimiento, la muerte y su pública veneracion? ¿aquellos dioses acantonados en el mar, en los rios, en las selvas, en el cielo ó en el infierno, cuya mansion se nos describe, y cuyo imperio es limitado y de corta duracion? ¿aquellos dioses manchados de los mayores vicios, y cuyo culto solo se dirigia á multiplicar sus infames adoradores? Ah! su multitud demuestra su debilidad. El universo dividido entre tantos dueños solo nos presenta una grande anarquía: la tierra no tiene dios por tener tantos dioses. Desaparecéd, infames divinidades de la vista del verdadero Dios: yo solo veo entre vosotros hombres viciosos, demonios ó viles animales. ¿Qué dios hay diverso del que nosotros adoramos? *Quis deus magnus sicut Deus noster?*

Que toda la naturaleza, ó Dios, solo poderoso y solo señor de cielos y tierra, que todos los seres que vos criasteis, se reúnan conmigo para tributaros eternas alabanzas. Cielos, lucientes estrellas, fúlgidos astros que adornáis el firmamento, ó que alumbráis á la tierra por el dia, tinieblas de la noche, bendecid al Señor. Bendecidle, nubes esparcidas por el aire; ó bien os

resolváis en lluvia, ó en un manso rocío; ó bien nos enviéis la nieve y escarcha, ó bien traigáis en vuestro seno por el verano el granizo, los relámpagos y los rayos. Bendice al Señor, ó tierra, y todo cuanto hay en ti; fuentes y rios que te riegan, los metales que encierras en tu seno, y las innumerables plantas que crecen en tus campos; y vosotros los diversos animales que pobláis los aires, los campos y las aguas. Bendicidle ángeles del cielo, hijos de los hombres, reyes y pueblos, siervos de Dios, y vosotros sacerdotes del Altísimo, celebrád sus maravillas, formando un concierto de magníficas alabanzas; cantád todos vosotros, hermanos míos, las alabanzas del Señor, porque él es bueno, y porque son eternas sus misericordias. Cada uno de vosotros dígale desde luego, desde hoy: ó Señor, yo quiero ofrecer á vos enteramente mis deseos, mis afectos y mis pensamientos. O viles criaturas, no tendréis jamás parte en mi corazón: huid de mí, bienes terrenos, honores, riquezas, vanagloria y placeres; yo os menosprecio. A imitación del Profeta, solamente os pido una cosa, Dios mío, y jamás os la dejaré de pedir, y es el habitar eternamente en vuestra casa, y gozar la inefable felicidad de contemplaros cara á cara. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA PROVIDENCIA.

(DE COCHIN.)

Mas yo hallo mi bien en estar unido con Dios, en poner en el Señor Dios mi esperanza; para anunciar todas tus alabanzas en las puertas de la Hija de Sion.

Salmo 72, v. 28.

Todos conocen ó piensan conocer la providencia de Dios sobre los hombres. Por un sentimiento comun y como natural se le atribuyen todos los sucesos que vemos. Se sabe que siendo esta divina Providencia el principio y el fin de todas las cosas, las dispone siempre conforme á sus designios; que los seres espirituales y racionales, que las criaturas sensibles y animadas, que las producciones puramente materiales tienen de aquí su origen y su destino; y que ninguna de sus criaturas puede salir del órden que le ha prescrito su sabiduría. Convenimos con san Agustín, en que no hay ser creado que á su gusto ó su pesar, no sea un medio para cumplir sus altos designios. Pero ¿qué uso se hace de estos importantes conocimientos? Me parece que la consecuencia mas natural y justa de tales antecedentes seria una humilde sumision, una perfecta resignacion á su voluntad suprema, un sentimiento de reconocimiento á vista de sus beneficios, y un silencio respetuoso cuando asoman sus saludables rigores. El hombre en todo esto no haria otra cosa que imitar ese admirable firmamento que tiene sobre su cabeza, esas criaturas que con tanta elocuencia anuncian la sabiduría de su Criador; no haria en fin, sino tributar al Ser supremo un homenaje útil y necesario. Pero providencia de mi Dios! ¿es este el tributo que recibís de la criatura que habéis hecho la mas capaz de honraros entre todas? Las palabras que salen de nuestra boca, ¿se dirigen á bendecir vuestra sábia prevision, vuestra misericordiosa atencion sobre nosotros? Nues-